

La ciencia al rescate de la política



JAVIER
Díaz-Albertini

Sociólogo y profesor
Universidad de Lima

Hace un mes, el presidente estadounidense Donald Trump visitó California, cuando este Estado sufrió uno de los peores incendios forestales de su historia. Cuando el clima era uno de los factores detrás del desastre, Trump respondió que el planeta "prometió se enfriará". Uno de los científicos retució: "oh lá la ciencia estuvo de acuerdo conmigo, no crees?" a lo que el mandatario replicó: "la ciencia se equivocó".

Podríamos esperar respuestas parecidas de Jair Bolsonaro, en Brasil, o quizás de Boris Johnson, en el Reino Unido. ¿En qué momento la derecha moderna comenzó a ser anticientífica?

En los últimos 70 años, la relación entre la ciencia y la política ha sido difícil y cambiante. No hay mejor ejemplo que el caso de los Estados Unidos, el principal centro mundial de investigación. Después de la Segunda Guerra Mundial, el país celebró el inicio de una nueva era de desarrollo científico gracias a la energía nuclear, la exploración espacial, los inicios de la genética moderna y la informática. Estas innovaciones fueron posibles gracias a alianzas forjadas entre científicos, universidades, empresas privadas y gobiernos. El programa Apollo de la NASA, por ejemplo, se realizó con un gasto de US\$59 mil millones, según un informe del Congreso de EE.UU.

Estos increíbles avances ponían la ciencia al servicio del Estado, las empresas privadas y las ideologías que las dominaban. La Guerra Fría fue lidiada tanto o más en los centros de investigación que en el campo de batalla. Según un estudio de la Brookings Institution, la carrera armamentista nuclear entre Estados Unidos y la Unión Soviética le costó al primero –entre 1940 y 1996– un poco más de 5 billones (millón de millones) de dólares.

de 1998 (más o menos, US\$9 billones actuales). No debe extrañar que, en esa época, los sectores progresistas eran los que menos confiaban en la ciencia, en comparación con la derecha conservadora.

Sin embargo, un estudio realizado por Gordon Gauchat (2012) muestra cómo a pesar de la década de los 70, la confianza de la derecha en la ciencia empezó a disminuir y llegó a reducirse hasta en 25% para el 2010. Ello es aparente: los conservadores se han consolidado, como revelan encuestas recientes realizadas por el Pew Research Center (2019).

De acuerdo a Chris Mooney (2005), la denominada "New Right" (nueva derecha) –que llegó al poder con Ronald Reagan en 1980– es la que contribuyó a minar esta confianza. Este singular movimiento político amalgamó la derecha económica (neoliberal) con cristianos ultraconservadores y grupos antiestatistas de extrema derecha. Este peligroso coctel atacó a la ciencia de varios flancos. Los neoliberales consideran que actúa negativamente al mercado vía la regulación y medidas de protección al medio ambiente, por ejemplo, para mitigar el cambio climático. Los cristianos fundamentalistas refutan aspectos relacionados con la genética humana, la evolución, el origen del universo, el relativismo cultural y los estudios de género. Finalmente, la extrema derecha de base propaga una serie de conspiraciones contra la investigación científica (antivacunas, teraplanistas, el "enganjo" del COVID-19).

Los líderes de esta derecha utilizan el miedo para movilizar a poblaciones cada vez más distanciadas del conocimiento científico: son, además, presas fáciles del nuevo populismo. Según la encuesta mencionada del Pew Research Center, los que afirman tener niveles bajos de conocimiento científico llegaban a confiar un 18% menos que los que tenían niveles altos.

Por otro lado, la parte más preocupada por el futuro del planeta ha encontrado en la ciencia a un poderoso aliado. El lema es claro, como repite la activista Greta Thunberg: los cuatro vientos: "escuchen a la ciencia". Y no es porque pueda decirnos qué hacer. Ha-

ce más de 100 años, el sociólogo Max Weber nos advirtió que la ciencia no podía describir "significado" en la vida. Lo máximo que puede hacer es decirnos cómo funciona la realidad y, sobre esa base, nos permite tomar las decisiones que consideremos más apropiadas. Es decir, quizás pueda lograr que la política tenga contenido y que deje de ser un ejercicio banal que, por ahora, trata al mundo como un "reality show".



"Poblaciones más distanciadas del conocimiento científico son, además, presas fáciles del nuevo populismo".



ILLUSTRACIÓN: VICTOR AGUILAR

MIRADA DE FONDO

OK, Google, ¿estás abusando de tu poder?



ENZO
Defilippi

Profesor de la Universidad
del Pacífico

El martes de la semana pasada, el Departamento de Justicia de los Estados Unidos demandó a Google LLC por supuestamente abusar de su posición de dominio en el mercado de búsquedas por Internet.

De acuerdo con la demanda, esta empresa usa su poder de mercado para excluir a sus competidores bajo dos modalidades. La primera, condicionando el licenciamiento de su sistema operativo Android a la preinstalación exclusiva de Chrome, su navegador de Internet cuyo buscador por defecto es Google. Bajo los términos de esta licencia, ningún competidor de hardware, ni independientemente, tiene la posibilidad de instalar ni aplicar en sus dispositivos móviles ni tablets ni iPads ni Macs. Estos arreglos hacen

que Google sea el buscador preinstalado en el 99% de los teléfonos estadounidenses, lo que le permitirá mantener una participación de entre el 80% y el 90% del mercado de búsquedas por Internet.

Google LLC ha respondido sosteniendo que no hace nada malo. Que la exclusividad que le permite recuperar los costos de desarrollo de Android (que licencia gratuitamente) y que los pagos que le hace a Apple no son muy diferentes a los que hace cualquier empresa a un supermercado para que sus productos ocupen un lugar preeminente en los estantes. Además, que con un par de clics cualquier usuario puede cambiar el buscador por defecto en su teléfono.

En mi opinión, estos argumentos son ciertos, pero no implican que lo que viene ocurriendo sea correcto o deseable. Por un lado, porque bajo los principios de libertad de expresión y de igualdad de oportunidades (y específicamente la libertad que tiene una empresa cualquiera para suscribir contratos de exclusividad), ya que el poder de mercado tiene el potencial de convertir esas exclusividades en exclusiones. Y de eso es precisamente de lo que están acusando a Google LLC: de erigir barreras de entrada al

mercado con el fin de prevenir el surgimiento de competidores potenciales.

Por otro lado, porque, cualquiera puede cambiar el buscador por defecto en su teléfono, pero la evidencia indica que pocos lo hacen. De acuerdo con la Comisión Europea, que en el 2018 multó a la empresa estadounidense con US\$5.000 millones por realizar las mismas prácticas, Google representa el 95% de las búsquedas en los teléfonos que usaban Android, pero menos del 25% en los que usaban el sistema operativo Windows (donde el buscador por defecto es Bing). Es decir, importa, y mucho, cuál es el buscador que viene preinstalado en los teléfonos. Aquel que viene preinstalado en los teléfonos, sí, no fuese así, "le pagaría Google LLC a Apple el 30% de sus utilidades anuales por mantener este privilegio". Naah.

Este juicio llega tarde (dos años después de la multa de la Comisión Europea) y es probable que Google presente su caso dos semanas antes de las elecciones, para responder a los cálculos electorales; pero, a mi entender, es lo correcto. Internet y la telefonía móvil han cambiado tanto nuestras ideas, y tan rápidamente, que no nos hemos detenido a pensar si las estructuras y los incentivos que mueven los mercados digitales son los correctos. Quizás haya llegado el momento de hacerlo.

RINCÓN DEL AUTOR

Quiero vivir en Asia



FERNANDO
Vivas

Periodista

Uno de los buenos efectos de la pandemia es que nos va a reubicar frente al mundo. Es como un terremoto de 10.5 que nos ha zafado de eje para ponernos de cara frente a otras realidades del mapa. Acostumbrados a estar en discretos lugares de ocultamiento de mitad de tabla para abajo, de pronto nos vemos obligados a revisar la tabla de mortalidad por 100 mil habitantes de la Universidad Johns Hopkins, unos meses atrás conviviendo en el top ten de las países con cuarentenas más rígidas, según el "Stay-in-place Index" de la Universidad de Oxford.

Pero aquí que, teniendo la posibilidad de compararnos –para emularlos– con quienes mejor les ha ido en la gestión de la pandemia, insistimos en mirarnos en el espejo deformado de Europa, al que tan mal le va. En lugar de copiar y comprar los métodos de Corea del Sur, Taiwán, Tailandia, Nueva Zelanda o la propia China –donde empezó todo–, se nos ha metido que nuestro destino inexorable es marcharnos con una segunda ola a la europea. Hay en todo esto una estrechez de márgenes y, a la vez, una manipulación. La estrechez viene de la costumbre de no explorar más allá del vecindario ni de los destinos originarios. La manipulación viene de lo siguiente: hay una voluntad oficial, en pacto tácito con los medios y con buena parte de la opinión pública, de difundir el miedo a una segunda ola para evitar el relajo que traería muertes.

Este miedo a la ola europea es ja más fácil comunicación de riesgos. Vaya que sí. Pero es un engaño, pues no nos cuenta que los países europeos relajaron sus restricciones mucho más que nosotros y están pagando el precio de unas libertades que estiman más que nosotros. Aquí seguimos con toque de queda y demás limitaciones sanitarias que las que tuvieron la mayoría de europeos tras su primera ola.

Nomeocuparán demasiado la comparación con Europa si solo tuviésemos fines de advertencia. Me preocupa que no haya, con el mismo celo con el que se mira con escándalo a España o a Gran Bretaña, la voluntad de mirar con ilusión prospectiva a Nueva Zelanda o Corea. En estos países no ha habido segunda ola, sino brotes rápidamente controlados con los métodos que aquí tenemos que copiar. El discurso oficial se agota rápidamente en postular ese miedo antes que en mostrar cómo vamos a aplicar las estrategias asiáticas. ¿Candidato que traga a un experto neozelandés chino para su plan, se anda un poquito?

Párate ya con el miedo a la matriz europea, cosa que la sabiduría nos fuese tan exótica. Nuestro proceso de modernización y desarrollo está más próximo, históricamente hablando, al de China, Tailandia o Corea que al de EE.UU. o Europa. Nuestra sociedad está más dispuesta a soportar restricciones y vigilancias digitales que las potencias occidentales. Así que párenalos con el pánico a Europa y mírelmos en el espejo asiático.